

"En Este Tu Día"

Por Otto Dibelius¹

Adviento, 1958

Y como llegó cerca, viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo:
¡Oh si también tú conocieras, a lo menos en este tu día, lo que toca
a tu paz! mas ahora está encubierto de tus ojos. –

Lucas. 19:41-42.



Hace poco un conductor de taxi, aquí en Berlín oriental, le preguntó a un pastor acerca de Jesús. "Dígame —le dijo—, ¿ese Jesús estaba en favor de la paz?" Probablemente la mente del hombre reflejaba naturalmente los "slogans" que impregnan nuestra zona oriental como una enorme propaganda de paz con propósitos políticos. El conocimiento que el tenía del verdadero Jesús, era más bien oscuro y vago. De lo contrario hubiera sabido cuan profundamente se preocupaba Jesús por la paz.

Cuando Jesús contempla la ciudad de Jerusalén y se da cuenta de que pronto estaría en ruinas como consecuencia de una próxima guerra cruel, sus ojos se llenan de lágrimas. Sólo en dos ocasiones leemos en el Nuevo Testamento que Jesús lloró y sollozó: lloró ante la tumba de Lázaro cuando la muerte amenazaba prevalecer sobre una vida preciosa a los ojos de Dios. Y luego, cuando contempló el juicio que se aproximaba sobre su ciudad de Jerusalén, Cristo derramó sus lágrimas. El ansiaba una paz más permanente que una simple negación de la práctica de la guerra fría; anhelaba esa paz que surge de la gracia perdonadora de Dios, una paz que renueva interiormente los corazones de los hombres, de modo que no es posible pensar en que seres humanos puedan matar a sus semejantes, porque fuimos creados como hermanos y un hermano sabe que el otro está tan cerca del Creador y es tan querido por él como puede serlo él mismo.

Ciertamente, Jesús estaba por la paz: por una paz universal. Vivió para la paz. Fue a la cruz a fin de traer paz a los corazones de los hombres. La humanidad, sin embargo, no estaba lista para aceptar lo que Cristo tenía para darle. En el evangelio de San Juan, podemos leer la triste apreciación: "A lo suyo vino, mas los suyos no le recibieron." Este pasaje describe todo el drama

¹ Nació el 15 de mayo de 1880 en Berlín, Alemania. Obispo de Berlín – Brandenburg de la Iglesia Evangélica en Alemania entre 1945-1966. Fue uno de los líderes de la Iglesia confesante, y parte de los firmantes de la Declaración de Stuttgart en 1945. Fue un firme de la lucha anti comunista en la post guerra. Obispo de Berlín-Brandenburg, de la Iglesia Evangélica alemana (EKD), 1945-1966. Fue el primer alemán en ser presidente del Consejo Mundial de Iglesias, 1954-1961. Propugnó la unidad en la Iglesia Evangélica entre el Este y el Oeste de Alemania. Murió el 21 de enero de 1967 en Berlín.

cristiano mundial, la historia de las relaciones de Dios con el hombre hasta el día de hoy. A lo suyo vino, y los suyos no le recibieron.

No que los suyos desearan la guerra. Cada vez que estallaba una guerra la gente lloraba y se lamentaba, y nadie quería aceptar responsabilidad alguna. Parecía demasiado pesado prepararse para cualquier cambio de mente o voluntad. Nunca se les ocurría que una transformación mental era una condición indispensable para la desaparición de las negras perspectivas de la guerra. Continuaban dedicándose a comer y beber, dejando el arreglo del futuro a algún destino ciego. "No hay por qué preocuparse por lo que de todos modos ha de venir", es lo que decían cuando Jesús estaba en la tierra, y lo que dicen también en nuestros días, aquí en Berlín.

Parece, sin embargo, que de tiempo en tiempo, la gente encuentra que de alguna manera están redescubriendo sus almas, esas mismas almas que siempre eran presa de sus apetitos carnales. Puesto que la violación del alma está fundamentalmente fuera del alcance y designio del hombre, surge la pregunta de si la mente humana no debiera tender hacia algún nivel más «levado de acción espiritual positiva. El muy discutido autor soviético Pasternak le hace decir a su Doctor Zhivago: "Nadie puede reprimir su alma por mucho tiempo sin sufrir él mismo su castigo."

Si la suerte del hombre fuera la ceguera física, podría haberla aceptado como algo ordenado por Dios y soportable con la paciencia de la fe cristiana. Pero cuando se desarrolla en el hombre una ceguera del alma, si prevalece esa complacencia superficial vinculada con el descuido de lo esencial, el hombre se torna culpable. Hay culpa y extrañamiento toda vez que los verdaderos rasgos del designio de Dios está "ocultos a tus ojos". Y ciertamente Dios es castigador de todo voluntario extrañamiento, así en la tierra como en el cielo.

Aquí es donde nos vemos confrontados por el contenido principal de lo que proclaman las tradicionales lecturas de la Escritura para el segundo domingo de Adviento. La lectura tradicional del Nuevo Testamento trata de los diversos juicios de Dios que vienen sobre los "hombres sin fe". Nos damos cuenta de que la esfera íntima del hombre es afectada diariamente por los veredictos divinos. Sin embargo, hay días y horas en las que las visitaciones de Dios pueden alcanzar un significado muy especial. Es en esas horas de prueba especial cuando percibimos más vividamente las lágrimas de Cristo. Es en las horas de desafío cuando le oímos murmurar como seriamente preocupado por nosotros. ¡Oh, si nosotros pudiéramos entender en este nuestro días las cosas que son esenciales!

Si llegáramos a discernir lo que hace a nuestra paz, ¡podríamos redimir el tiempo! Podríamos reconocer que una hora como la de hoy puede ser reconocida como "el tiempo aceptable", un tiempo de cumplimiento para todos las naciones. Me parecería que hoy está sonando la hora del cumplimiento en nuestra capital de Berlín y en toda la nación.

Nosotros sabemos lo que está en juego en nuestra aislada ciudad y a su alrededor.

En un servicio de culto, nuestra misión realmente no es provocar una conversación política. Este es el lugar más bien para ocuparnos del impacto final asignado al alma humana. Aquí tenemos la sagrada misión de la Iglesia, y no vacilará en probar la realidad imperativa de nuestra más íntima preocupación.

Permitidme recordar lo que se encuentra en el capítulo tres del profeta Ezequiel: "Hijo del hombre, yo te he puesto por atalaya a la casa de Israel: oirás pues tú la palabra de mi boca, y amonestarlos has de mi parte" (v. 17). Lo que primero se le encomendó al profeta como individuo, ha llegado a ser la misión de toda la Iglesia de Cristo, el nuevo pueblo de Dios. A todos vosotros los que pertenecéis a él, se os dice hoy nuevamente: Habéis sido designados para ser sus atalayas. Amonestad, por consiguiente, a aquellos que habéis sido llamados a vigilar, ayudar y guiar.

En cuanto a la misión del atalaya, debo llamar la atención sobre tres cuestiones, en este día de expectación.

Primero de todo, se declara abiertamente que a dos millones de residentes de Berlín occidental, y detrás de esos dos millones otros cincuenta millones de habitantes de Alemania occidental, se les pide que entren en nuevas condiciones de vida sin acordárseles ninguna oportunidad de decir si están en favor o no de las nuevas condiciones. Se contempla así la posibilidad de hacer lo mismo que se hizo lamentablemente al final de la última guerra, hace trece años, cuando millones de seres humanos fueron cargados y desplazados como piezas de equipaje. Esa manera de manejar a los seres humanos es contraria al destino del hombre tal como se revela en el evangelio de Cristo. El evangelio establece claramente que Dios quiere que el hombre sea libre, porque la fe del hombre sólo puede crecer y desarrollarse en una atmósfera en la que sea posible decidir libremente, como un derecho divino que corresponde al hombre por nacimiento. Este derecho fundamental no será coartado por un poder monolítico. Aquellos que deben administrar el campo del derecho y el orden internacionales, deben ser amonestados para que no permitan que se extienda sobre nuestro planeta una nueva ola de restricciones y violencia. La demanda que estimularía la paz "en este tu día" no es la que resuena en el "slogan": "Más alambradas de púa en el mundo"... El santo y seña que hace a las cosas de la paz suena de otra manera helo aquí: ¡Libertad para todos!

Libertad para todos es, pues, el segundo punto de mi amonestación. Hoy en día no sólo el hombre occidental debe enfrentar el desafío. El destino del hombre en el Oriente está igualmente en juego en este nuestro día. Las modernas fronteras, cortinas y demarcaciones, deplorables como son, consisten en alambres de púas. Ahora bien, si se ha de erigir una nueva cerca de alambre de púas en el corazón de Berlín, a lo largo de los caminos que bordean nuestra Puerta de Brandenburgo, se habrá perdido la última posibilidad de que llegue gente de todas partes de Alemania a este lugar seguro de encuentro e intercambio de pensamiento. Habrá desaparecido la última posibilidad de que las madres vuelvan a ver a sus hijos que viven del otro lado de la línea divisoria. Una nueva ola de amargura y dolorosa frustración tragará a los millones cuya visión de una vida en honestidad y dignidad depende de esta isla, en este nuestro día.

Contra la visión desalentadora de una amarga separación, se levanta, claramente visible delante del atalaya, el manantial de la compasión humana, el esfuerzo de ese amor implantado en nuestros corazones y almas por Jesucristo.

Ahora se dice que ciertas cuestiones de relaciones íter-zonales o más bien entre sectores podrían ser examinadas y cambiadas en el nuevo proceso de reajuste sugerido por los soviets. Yo sería el último en negar la necesidad de ajustar todas aquellas relaciones que son claramente antinaturales y contrarias a la perspectiva cristiana de la vida. Pero tened cuidado de que al cambiar el orden actual no traigáis mayores penurias sobre la humanidad. Pensad más bien en eliminar las condiciones antinaturales accediendo a lo que la Iglesia de Cristo ha estado pidiendo durante todos estos trece años: ¡Devolved al pueblo alemán su unidad nacional y junto con esa unidad, la paz y la libertad!

Mi tercer punto sólo puede ser presentado con alguna vacilación. Ningún atalaya en la noche quisiera jamás ser acusado de dramatizar su visión. Ni debiera hacerse sospechoso de recargar las tintas de su retórica. Todas sus advertencias deben ser fundadas en la realidad. Es un evidente hecho histórico, sin embargo, que los mismos esfuerzos para "reacondicionar a Berlín y Alemania" se hicieron hace diez años. Los resultados de esos horrendos esfuerzos fueron demasiado tangibles para no ser vistos por cada uno de nosotros. Porque la violencia y el poder autoritario no pueden engendrar sino más violencia y nueva fuerza. Nuevamente viene a mi

mente el profeta Ezequiel —en el capítulo 33—: "Si el atalaya viere venir la espada, y no tocare la corneta, y el pueblo no se aperciere, y viniendo la espada tomare de él alguno; él por causa de su iniquidad fue tomado, mas demandaré su sangre de mano del atalaya" (v. 6).

Ahora, en este tu día, un obispo de la ciudad-isla de Berlín se encuentra sometido a esa palabra como un imperativo divino. Confrontado con ese imperativo, con el dicho profético del Señor de las naciones, yo no puedo sino suplicar a todos aquellos a quienes les compete: ¡Abandonad los medios de coerción, terminad con la fuerza, dad paz y abrid el camino de la libertad!

Queda por contestar una pregunta: ¿Qué podemos hacer nosotros en esta situación? ¿Qué puede hacer cada cual? Hay, en realidad, algo que se pueda hacer? En el momento cuando nuestro Salvador dijo las palabras de nuestro pasaje sobre la suerte de su ciudad, en los designios de Dios la suerte histórica de Jerusalén estaba sellada. No quedaba entonces nada que hacer, más que llorar y lamentarse. Pero no estoy seguro de que ahora en los designios de Dios el alegato histórico de Berlín esté igualmente terminado. El mismo hecho de lo incompleto de nuestra información y comprensión es amplio motivo para prestar oídos a este imperativo llamado: ¡En este tu día! Las campanas de Adviento tienen un eco de finalidad en la hora del cumplimiento. Aunque este periodo se ve claramente como nuestro día de cumplimiento, resuena, sin embargo, a lo lejos un son de esperanza. Bien podemos escuchar ese eco de consuelo y alegría, aunque pueda parecer todavía muy distante. En este nuestro día, tenemos la hora de expectación, potente y preñada de vida rediviva.

La esperanza significa claramente que hay oportunidades para renovación y preservación de la humanidad. Con un orden de vida renacido, podemos valorar el desafío de este nuestro día; aun podemos ser instrumentos para delinear un orden de vida aceptable a los ojos del Justo y Eterno. Ahora bien, siguiendo su gran designio, ¿qué debemos hacer en el presente? ¿Cuál es nuestra tarea en este nuestro día, antes que cualquier otra obligación?

Un día, después de la entrega de la nota soviética concerniente al futuro de Alemania, me encontré con uno de los estadistas occidentales de cuyas conclusiones dependerá mucho durante los próximos seis meses. El encuentro no era el momento para una larga conversación. Pero él me miró intensamente: después me extendió la mano y dijo solamente estas tres palabras: "Tenemos que orar".

Permitidme que os transmita esas tres palabras de un estadista, un laico de la Iglesia universal de Cristo: "Tenemos que orar", orar por la ciudad de Berlín y por toda nuestra nación. "Busca el bien de la ciudad a la cual te he enviado, y ruega a Jehová por ella", dice Jeremías, el profeta de la compasión. Y el Nuevo Testamento está lleno de dichos tales como "Orad sin cesar". En realidad, mientras oráis, desaparecerá de vuestros corazones toda la tensión nerviosa. Vuestra alma estará quieta y tranquila. Mediante vuestra oración recobraréis la confianza en Dios. Aumentará vuestra paz y la paz de la ciudad.

En una hora de consumación, ningún hombre ni ninguna mujer cristianos pueden elevar oraciones menos humildemente compeleras que las que nuestro Señor elevó en el huerto del Getsemaní: "Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya." Aquí tenemos la tranquila confianza que comprende que aunque Dios pueda escuchar la oración del hombre en una dirección que sobrepasa la especulación humana, aun entonces el amor y la compasión de Dios están plenamente en acción.

Con no menos seguridad y grandeza brillan estas otras palabras de Cristo que, al oírlas por primera vez, pueden chocarnos como una de esas declaraciones paradójicas que trascienden completamente la especulación humana. Y, sin embargo, revelan una realidad llena de vida

profunda y saludable: "Pedid y os será dado". "Todo el que pide recibe". "Todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis."

En esta promesa me afirmo. Por causa de esta promesa echo fuera toda angustia y dolor. Y confío en que ningún fiel cristiano en esta ciudad perezca en sus propias ansiedades. Unidos en oración enfrentemos los meses venideros, tranquilos en nuestra confianza pero no menos fervientes en nuestra oración.

Abraham, el padre de los creyentes, rogó al Señor: Si se hallaren solamente diez justos en Sodoma, ¿no salvarás, oh Señor, a la ciudad de la destrucción? Y Dios le dijo: Sí, y en el número de los justos asociaba a los hombres que Abraham tenía en mente, los hombres de oración y fieles en el servicio.

Sodoma no era una gran ciudad. Berlín sí lo es. Traslademos la referencia de Abraham a las condiciones de nuestra unidad mayor: Si diez mil personas se ponen de acuerdo para orar al Señor diariamente, ciertamente Dios oirá las voces de los diez mil. Su oración será que no se haga nada que pueda añadir dolores a la humanidad. Y Dios dirá: Por amor de estos diez mil, salvaré al pueblo. ¿Serás tú uno de esos diez mil?